

tados. Como consecuencia de esta colonización, se fundaron varias ciudades romanas; Leon, Mérida, Zaragoza y otras muchas fueron focos desde donde se extendió la civilización por toda la península.

Se ha dicho que Roma, al civilizar á los pueblos vencidos, destruía su originalidad. Esta acusación es por lo ménos exagerada. Los monumentos de las artes, lo mismo que los de la literatura de España tienen un carácter particular. La estatuaria gustaba de representar los toros, como si quisiera ennoblecer por el encanto del arte una pasión que se ha censurado frecuentemente á los españoles. Todos los escritores que España dió á Roma se distinguen por un estilo oratorio magnífico, pero muchas veces ampuloso (1). Análogas observaciones podrían hacerse acerca del genio de la nación; ha conservado su individualidad á través de la dominación romana, la invasión de los Bárbaros y la conquista árabe; aún hoy se encuentran en el pueblo rasgos que caracterizan las razas primitivas.

N.º 2. — Los Galos.

I.

«Desde que Roma existe, dice *Ciceron*, todos los sabios políticos han pensado que no tenía adversarios más formidables que los Galos.» *Floro* los llama «los enemigos cotidianos, y en cierto modo domésticos, de los Romanos.» Al decir de *Salustio*, «era necesario, con los Galos, combatir por la salud y no por la gloria» (2). ¿Cuál era esta nación formidable que no cesó de amenazar la existencia ó de turbar la tranquilidad de la Ciudad Eterna hasta el

(1) CICERON critica ya la hinchazón en los poetas de Córdoba: «*pingue quiddam atque peregrinum*» (*pro Archia*, 10). Este defecto se encarnó, por decirlo así, en *Senecion*, llamado *Grandio* por su grandilocuencia; se decía de él que, aficionado á las grandes cosas, no compraba más que grandes muebles, no llevaba más que grandes zapatos, ni tenía más que grandes esclavos y concubinas de una talla gigantesca (M. SENECA, *Suas.*, I, 2).

(2) CICER., *De Provinc. Consul.*, c. 13.—FLORUS, II, 3. C. LIV., XXVIII, 47.—SALLUST., *Jug.*, c. 114.

momento en que el genio de César la sometió? Según el testimonio de los más antiguos escritores, la raza gala se volvía loca por la guerra. Los Galos se presentan delante de Alejandro Magno: «¿Qué teméis?» les pregunta el conquistador. «Que el cielo caiga», dicen ellos. El cielo mismo no les espantaba casi; le lanzaban flechas cuando tronaba. Aunque el Océano se desbordase, no rehusaban el combate y marchaban á él con espada en mano (1).

Ningun pueblo de Europa ha tenido una existencia tan agitada, tan brillante. El genio de los Galos no parecía ser sino movimiento y conquista. Recorren el mundo con espada en mano; sus expediciones abrazan la Europa, el Asia y el Africa. Incendian á Roma, devastan y espantan á la Grecia; después van á plantar sus tiendas sobre las ruinas de Troya; sitian á Cartago; amenazan á Menfis; cuentan entre sus tributarios monarcas del Oriente; en dos ocasiones fundan en la alta Italia un poderoso Imperio, y levantan en el seno de la Frigia el reino de los Galatas, que dominó largo tiempo sobre el Asia Menor (2).

Los Galos entraron en relación con los Romanos en la gran emigración que tuvo lugar tres siglos y medio después de la fundación de Roma. Fué aquella como la vanguardia de los pueblos del Norte que la Providencia arroja hácia las comarcas del Mediodía para renovar el antiguo mundo. Treinta mil guerreros Senones vinieron á proponer á los Etruscos una repartición fraternal de su suelo. Por toda respuesta, los habitantes del Clusium tomaron las armas é imploraron el auxilio de Roma. Tres diputados de la familia de los Fabios fueron encargados de ir, en nombre del pueblo romano, á invitar á los Galos á que no atacasen á una nación de la que no habían recibido injuria alguna. Cuando los embajadores hubieron expuesto su mensaje, los Galos respondieron que ellos aceptarían la paz si los de Clusium les daban tierras. Los Fabios, aristócratas altivos, preguntaron con qué derecho venían unos extranjeros á exigir el territorio de otro pueblo, y qué tenían que hacer en la Etruria. A esta pregunta, el jefe de los

(1) STRAB., VII, p. 209.—ARRIAN., *Exp. Alex.*, I, 4.—ARISTOT., *Ethicor. ad Eudem.*, III, 1.—ÆLIAN., XII, 23.

(2) TIEBRY, *Historia de los Galos*. Introducción.

Galos, Breno, se echó á reír: «en lo que los Etruscos nos han faltado, dijo, es en querer poseer por sí solos terrenos inmensos, de los que no pueden cultivar sino una pequeña parte. Es la misma falta que habian cometido con vosotros los pueblos italianos á quienes habeis atacado, reduciendo los hombres á la esclavitud, entregándolo todo al pillaje y destruyendo las ciudades. Nada habeis en esto de extraordinario é injusto: seguís la más antigua de todas las leyes, la que da á los más fuertes los bienes de los más débiles; ley que comienza en Dios mismo y se extiende hasta las bestias salvajes» (1).

El galo Breno, explicando á los Romanos que el derecho del más fuerte gobierna el mundo, es la imágen más verdadera del derecho internacional de la antigüedad. Los pueblos civilizados no seguian otro derecho que los Bárbaros. En las relaciones de los Galos y de los Romanos, la conducta de éstos últimos es áun la más culpable. Olvidando que eran embajadores, que como tales habian sido respetados por los Bárbaros, los Fabios tomaron las armas contra ellos. Los Galos, indignados, pidieron su extradicion. Si hemos de creer á *Plutarco*, los feciales sostuvieron enérgicamente la demanda: «este atentado, dijeron, interesaba á los mismos dioses; haciendo recaer sobre los Fabios la expiacion del crimen, se alejaria de todo el pueblo la venganza celeste.» El Senado desaprobó tambien la conducta de los Fabios; pero ¿cómo resolverse á entregar á una muerte cruel hombres de la más noble raza? Sometió la reclamacion de los Bárbaros al pueblo. La asamblea de los curias añadió un nuevo insulto al ultraje de que se quejaban los Galos, nombrando á los acusados tribunales militares. Despidieron á los diputados diciéndoles que, miéntras durase aquella magistratura, los Fabios no podian ser citados delante de tribunal alguno; trascurrido el año, si la cólera de los Galos duraba aún, podrian renovar su reclamacion (2).

Sabido es lo que sucedió; los Romanos fueron derrotados, la ciudad destruida. Los vencidos compraron la retirada de los Galos

(1) LIV., V, 36.—PLUTARCH., *Camil.*, c. 17.

(2) IBID., V, 35.—PLUTARCH., *Camil.*, c. 17, 18.—APPIAN., IV, 3.—NIEBUHR., t. II, p. 715 y 716.

por un rescate de mil libras de oro. Con motivo de este convenio pronunció Breno aquellas palabras que se han hecho célebres. Llevaron los vencedores pesos falsos para pesar el oro; hicieron ensguida inclinar uno de los platillos de la balanza; y quejándose los Romanos, el jefe galo desató su espada y la puso encima de los pesos con su vaina. «¿Qué significa esto? preguntó el tribuno. —¡Nada! respondió Breno. ¡Ay de los vencidos!» (1).

La guerra no cesó desde entónces entre los Romanos y los Galos. Mas de una vez aterraron la Italia los terribles Bárbaros. En sus invasiones, «lo arrastraban todo á su paso, rebaños, labradores atados, á quienes hacian andar bajo el látigo; se apoderaban hasta de los muebles de las casas. Cuando daban batalla, lanzaban tales aullidos que no solamente los hombres y los instrumentos, sino la tierra misma y los lugares de alrededor parecian á porfia lanzar gritos. Habia tambien algo de aterrador en el aspecto de aquellos cuerpos gigantescos que se mostraban en las primeras filas sin más vestidos que sus armas» (2). El terror inspirado por los Galos condujo á los Romanos á medidas sanguinarias. Habiendo consultado el Senado los libros sibilinos, cuando se aproximaron los Bárbaros, leyó en ellos con espanto que por dos veces debian tomar los Galos posesion de la ciudad. Creyeron conjurar esta desgracia enterrando vivos dos galos, un hombre y una mujer, en el medio mismo de Roma. De esta manera los Galos habian tomado posesion del suelo, y el oráculo quedaba cumplido ó eludido (3).

El odio que las dos naciones se tenian hizo sangrientas y crueles las guerras. *Tito Livio* dice que los Romanos estaban más sedientos de sangre que ávidos de la victoria (4). Los Galos Boios fueron casi destruidos. Escipion Nasica, aquel cónsul á quien el Senado adjudicó el premio de la virtud, se alabó de no haber dejado vivos de toda su raza más que los viejos y los niños. Se diria que los generales se creian dispensados de observar el derecho de gentes con los pueblos bárbaros (5). Popilio Laenas atacó á los

(1) POLYB., II, 18, 2, 3.—LIV., V, 48.—PLUTARCH., *Camil.*, 28.

(2) IBID., II, 21, 9; II, 23, 7; II, 29, 5-9.

(3) PLUTARCH., *Marcell.*, 3.—OROS., IV, 13.

(4) LIV., XXXIII, 37.

(5) IBID., XXXVI, 40, 41; XLII, 22, 8.

Ligurios, sin que hubiese habido declaracion de guerra de ninguna de las dos partes; diez mil hombres se rindieron á discrecion; el cónsul vendió las personas y los bienes y demolió su ciudad. En el primer momento de indignacion, el Senado decretó que Popilio diera la libertad á los Ligurios, y que los volviera á poner en posesion de todos sus bienes que fuera posible recobrar. El Senadoconsulto terminaba con estas generosas palabras: «Es una gran victoria el vencer al que ataca y no herir al que está en tierra.» Pero estas resoluciones quedaron sin ejecucion por la complicidad del magistrado encargado de informar contra Popilio; tuvo la feliz idea de señalarla para los idus de Marzo, dia en que dejaba sus funciones, y por consiguiente no podia actuar. *Tito Livio* mismo califica de infame esta vergonzosa complicidad (1).

Un historiador latino hace ademas notar otra particularidad de la lucha de los Romanos con los Galos: erigieron trofeo por primera vez en territorio Galo, para eternizar la gloria del vencedor y la vergüenza de los vencidos. La vanidad griega gustaba de esta ostentacion. «Entre los Romanos, dice *Floro*, era cosa inaudita hasta entónces: nunca Roma habia escarneado con su victoria á las naciones sojuzgadas» (2).

II.

Marsella abrió las puertas de las Galias á los Romanos. Se apoderaron desde luégo de la parte meridional, y la redujeron á provincia; el resto fué conquistado por César. Juzgarémos en otra parte aquel genio humano; al llegar á la conquista sangrienta de las Galias no podemos pasar en silencio las calificaciones de bárbarie que se le han dirigido. *Napoleon* dice «que fué clemente con los suyos en la guerra civil; pero cruel y con frecuencia feroz con los Galos» (3). Un historiador frances, abogando por la causa de sus antepasados, ha censurado todos los actos de crueldad de

(1) «*Ita rogatio de Liguribus arte fallaci elusa est.*» LIV., XLII, 22, 8.

(2) FLOR., III, 2.

(3) NAPOLEON, *Compendio de las guerras de J. César en las Galias.*

que se hizo culpable el general romano, y se ha complacido en ponerlos en oposicion con la tan encomiada humanidad del conquistador (1). Citarémos algunos rasgos de este acto de acusacion.

Los Venetos habian maltratado á sus embajadores; César creyó que debía vengarse de ellos de una manera ruidosa, con el objeto de enseñar á los Bárbaros á respetar en lo sucesivo el derecho de gentes: hizo dar muerte á todo el Senado, y vendió el resto de los habitantes (2). «No se puede ménos de detestar, dice *Napoleon*, la conducta que observó César contra el Senado de Vannes: aquellos pueblos habian dado lugar sin duda á que se les hiciese la guerra, pero no á que se abusase de la victoria de una manera tan atroz.»

Mr. Am. Thierry describe con una elocuente indignacion el asesinato de una nacion entera: «César proclamó que entregaba al primer ocupante las vidas y haciendas de los Eburones; invitó á esta presa á las tribus vecinas, declarando que todo aquel que le ayudara á exterminar aquella raza malvada, enemiga de Roma, sería contado en el número de los amigos del pueblo romano. Se vió correr por todos los rincones de la Bélgica una muchedumbre de malhechores y de gente vagabunda digna de merecer por tales servicios tal amistad» (3). ¿Cuál era, pues, la humanidad de César? «Asoló las tierras de los Biturigos; persiguió durante muchas semanas una poblacion medio muerta de frio, de hambre y de cansancio; acabó por perdonarle la vida; esto es lo que el historiador de esta guerra, *Hirtius*, llama la *clemencia de Cesar*» (4). No fué siempre tan humano. Algunos cientos de Eburones se habian salvado por milagro del exterminio de su raza; al volver á su país habian levantado sus pobres cabañas. César fué allí inmediatamente, quemó las habitaciones, asesinó á los niños y á las mujeres: «Crejó, dice su historiador, que importaba á su honor el no dejar nada en pié sobre aquella tierra entregada á la destruccion» (5). Los Galos se habian insurreccionado; César resolvió

(1) AM. THIERRY, *Historia de los Galos.*

(2) CAES., B. G., III, 8, 9, 16.

(3) IBID., B. G., IV, 34.—THIERRY, *Historia de los Galos*, 2.^a parte, cap. 7.

(4) IBID., B. G., VIII, 3.—THIERRY, 2.^a parte, cap. 9.

(5) IBID., B. G., VIII, 24.